

El veneno del alma

Por Fernando Silva, Lic. en Derecho (UAM) y Ciencias Políticas (UNAM), asesor y perfilador arquetipal y Perla Abdie, Lic. Estudios Orientales (Queens College, NY) actualmente cursando la Lic. en Psicología (Universidad Humanitas) y un posgrado en Psicoterapia Junguiana (UCU), ambos fundadores de Archetypes México, empresa dedicada a la asesoría empresarial.

Una preocupación constante de Jung, hacia finales de su vida, la cual dejó expuesta en un texto publicado en 1957 titulado *Presente y Futuro*¹ era sobre la amenaza al individuo en la sociedad moderna: el miedo y el odio. *¿Qué nos reserva el futuro?* era su pregunta y de ella surgían imágenes apocalípticas de destrucción a escala mundial: *“No tenemos ningún motivo para tomarnos esta amenaza a la ligera, en el mundo occidental ya existen por doquier esas minorías subversivas que tienen preparada la tea incendiaria”*. Esta propuesta establecida por Jung considera al individuo como parte de la realidad y no la masa. Es el individuo entonces donde se engendra el mal. Desde los relatos bíblicos como en las teogonías griegas, aparece la sospecha de que el desorden, la destrucción, la violencia, son el principio latente de la civilización. En donde por el deseo y bajo la justificación de conservar la libertad el hombre domina, destruye y somete. En la historia de la cultura los ejemplos sobran y, como si se tratara de un ciclo de memoria, cada generación participa en la fundación constante del mal.

Los actuales acontecimientos, que son percepciones de dos realidades opuestas, la de los medios y la de los pueblos, son el ejemplo de cómo se reconstruye esta memoria. En la realidad que observamos de los medios la justificación por la libertad es la incitación a la violencia de uno de los actores y en la realidad que observamos de los pueblos encontramos la justificación de un componente natural de este mal *per se* que es la agresividad y la violencia. Siendo entonces el individuo participante de esta violencia podemos enfatizar sin duda que forma también parte de su psique. El mito de los centauros puede ser una evidencia de la estructura arquetípica de la violencia. No solo la miseria económica o cultural sino también la historia de países que se han nutrido de la guerra, devastados por un conflicto, tienen un componente como si de una herramienta bélica se tratara de una manifestación del mal *per se* en la violencia sexual de la población que sufre estos conflictos. Como evidencia del mal *per se*, la población vulnerable de mujeres y niños forman parte, como lo estamos observando, de las primeras diásporas de refugiados. El movimiento de masas de población vulnerable es ahuyentado por los centauros. Los daños del conflicto no van a estar representados por las bajas militares sino por la cantidad de violaciones a mujeres y niños de las que desafortunadamente vamos a ser testigos.

Así también la exposición de estos graves conflictos pueden dar claridad al analista Junguiano de observar *“la sombra del arquetipo o el arquetipo de la sombra o las sombras del arquetipo del sí mismo”* (Griève, 2012), expresiones que no han sido desarrolladas ni definidas de manera clara y distinta. Y aunque resulte insoportable la idea del mal de este acontecimiento actual, marca otra oportunidad para conocerle. Así entonces sensibilizarnos ante esa brutalidad y esa violencia generada por la sombra, el libro de *Los Tres Cuervos*, constituye una herramienta para poder comprender el término sombra. Como lo cita la autora: *“el mal nace de que ciertos contenidos psíquicos carecen de acceso a la conciencia, ya sea que los reprime, o que la ocasión de establecer una relación con ellos no se haya presentado todavía y derivado de esto entonces, el peso y la responsabilidad del mal se*

1 Publicado originalmente en *Schweizer Monatshefte* XXXVII/12 (1957) como suplemento especial.

apoyan por consiguiente sobre la incapacidad”, incapacidad que a todos y a cada uno de los que observamos la muerte a través de los medios no nos permite construir un mundo mejor porque hemos olvidado que recientemente no solamente la civilización, sino la vida humana -recordemos la distribución de vacunación en el mundo donde grandes áreas geográficas como África de los países han sido ignorados en los esquemas de vacunación de la OMS, es decir de los países “civilizados”- estuvo expuesta a desaparecer por una pandemia que no la vimos venir, precisamente por esa indiferencia.

Hacia el final de su vida, Jung dejó prácticamente como epitafio que el mal se ha convertido en realidad determinante porque quiere vivir con nosotros. Y podemos concluir como una nueva banalidad del mal las últimas reflexiones del pensador en *Recuerdos, sueños y pensamientos* (Jung, 1964, p.386): *“El individuo es generalmente tan ignorante que desconoce en absoluto sus propias posibilidades de elección y por esta razón busca siempre angustiosamente las reglas y las leyes externas en qué poder confiar en su desorientación”*. En otras palabras, el mal *per se* es la ignorancia y la indiferencia.